

Ana Martín Méndez

Tú eres el lugar  
al que siempre  
quiero volver



*Tú eres el lugar al que  
siempre quiero volver*

Ana Martín Méndez

Esencia/Planeta

© Ana Martín Méndez, 2019  
© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Lauren Burke - Getty Images  
© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: mayo de 2019  
ISBN: 978-84-08-20900-3  
Depósito legal: B. 8.946-2019  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rodesa  
*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## *La felicidad*

Yo era una mujer feliz. Y lo había sido siempre.

Así, si algún logro había conseguido en mis treinta y un años de vida era precisamente la felicidad. De hecho, ni siquiera me molestaba ese uno que se me acababa de sumar a la treintena y que me acercaba peligrosamente a los cuarenta y, con ello, al medio siglo, porque a adelantada —y a exagerada— tampoco había quien me ganara.

Además, yo era una mujer feliz aun cuando no lo era.

Lo que quiero decir es que a mí no se me podría definir como una loca feliz, de las que ignoran el mundo en el que viven o piensan que sus problemas se van a solucionar mirando para otro lado, sin caer en la cuenta —por ejemplo— de que Hacienda lo ve todo, y sobre todo los impuestos que no has pagado. Y a ellos sí que les da igual que haya sido a tu buzón donde has decidido no mirar, dentro del cual se encuentra la notificación con el embargo que pesa sobre tu casa, que, mires hacia donde mires, no te van a levantar.

No, yo no era esa clase de mujer. Mi felicidad tenía sentido y, sobre todo, trabajo, mucho trabajo, porque mucho hay que esforzarse para alcanzarla en este mundo en el que existen más amarguras que dulzuras.

Por lo tanto, la razón principal de mi felicidad se debía a la fuerza de voluntad, que la tenía, y en abundancia, ya que la vida me había cerrado en algunas de las rotondas del camino, sin dejarme mucho espacio para maniobrar.

Además, también contaba con lo que yo llamaba mi *constitución anímica*, el equivalente a un perfil positivo muy fuerte que me hacía ver siempre el lado bueno de las cosas, aunque a veces no lo tuvieran.

En mi caso, pues, no era yo y mis circunstancias, sino yo y mi lado feliz.

Es más, ni siquiera estaba disconforme con mi nombre —Andrea— o con mi pelo —lamido por una vaca—, como le suele pasar al resto de la humanidad, la femenina. Y hasta en un acto de generosidad para conmigo misma había hecho las paces con mi talla, la 40, que a decir verdad fluctuaba, aunque más al alza que a la baja.

En consecuencia, estaba a gusto con mi persona y con mi vida, siempre convencida de que los días son más que horas; también son tortillas de patatas saboreadas un domingo con amigos, la sonrisa de un desconocido que te pone a ti otra en el alma —hasta en el lunes más aciago— o un viaje inesperado que te hace no sólo descubrir un sitio, sino tu lugar en el mundo.

Es decir, que era una persona *disfrutona*.

Incluso cuando tenía un mal día lo acogía con optimismo, porque sabía que más pronto que tarde pasaría, y daría forma a uno nuevo, y bueno, sin nubes de ningún tipo. Y es que a mí me gustaban los cielos limpios, azules, de los que Madrid —ciudad en la que vivía— era casi excedente, de tantos como tenía.

Por lo que se refería a mi entorno, contaba con pocos pero buenos amigos, a mi entender carentes de defectos, o perfectos, para emplear una palabra más precisa, puesto que, al igual que me pasaba con la vida, yo sólo veía el lado bueno de la gente y, sobre todo, de aquellos que me querían.

En lo que a ellos se refería, si a veces se equivocaban era porque se confundían, o así lo interpretaba yo, principalmente porque albergaban una virtud: aguantarme a mí, que aglutinaba los defectos de los que ellos carecían.

¿Y cuál era el más llamativo de todos ellos? Mi perfeccionismo, que ponía en práctica en cualquier ámbito de la vida, como mi indumentaria, sin ir más lejos.

De todos es sabido que la ropa constituye una de las pasiones de las mujeres, si bien la mía había evolucionado de devoción a perdición: la de ir conjuntada. Y ese extremo no sólo lo aplicaba a la fachada; es decir, que coordinaba el exterior con el interior o, lo que es lo mismo, lo que los demás veían con lo que sólo veía yo, desde los calcetines al sujetador, pasando por los pijamas o demás vestimenta para estar por casa.

No obstante, en mi descargo diré que esa uniformidad en colores, texturas o cualquier otro baremo que empleara me producía una sensación de equilibrio que propiciaba aún más mi inherente felicidad.

Cómo de arraigada estaría en mí esa costumbre que hasta solía ser tema de conversación —cómica— en las reuniones de amigos, y motivo de que una de ellas, Patricia, me hubiera bautizado como *la Barbie Conjuntos*, razón de que mi correo electrónico respondiera a esa dirección. Y no hará falta decir que más de una situación jocosa me había granjeado esa decisión.

—Ese perfeccionismo tuyo te va a llevar a la tumba, de la que resucitarás para hacerlo mejor la segunda vez y, por supuesto, para vestirme a juego con el ataúd —solía burlarse Patricia de mí.

Bromas aparte, y dejando de lado también la parcela indumentaria, donde verdaderamente se hacía evidente mi defecto era en el trabajo.

Yo me dedicaba a decorar escaparates, principalmente de tiendas de lujo, y para todos aquellos que consideren superficial mi profesión les diré que nada más lejos de la realidad. Y la razón se debe a algo tan sencillo, y básico, como soñar, que excede al deseo que te genera comprar un determinado objeto y que se concreta en cómo te hará sentir cuando lo tengas en tu poder. Se trata, pues, de una emoción, y no de una mera adquisición.

Los sueños no tienen por qué ser grandes, ni cambiar nuestro destino o el de la humanidad. A veces son pequeños, y limitados en el tiempo, e incluso se reducen a un pensamiento que se cruza por tu mente en un momento dado pero que hace de ese día uno más amable. Y ésa era la sensación que se desprendía de mis escaparates.

Además, si lo que te hace feliz en la vida son los pequeños detalles, también son los sueños pequeños los que la hacen más fácil y accesible. Así, es posible que no alcances a ser la reina de España, si ése es tu afán, pero puede que llegues a comprarte un bolso de Loewe y sentirte princesa por ello, y con ello.

Sin embargo, mi perfeccionismo profesional tenía un lado negativo, que era la enorme cantidad de tiempo que le dedicaba a cada escaparate —en general, hasta que el cliente que me había contratado, hartado de mí, me echaba de allí—, aunque un lado positivo a su vez. Y éste era mi prestigio en el sector, habiendo ganado numerosos premios, lo que llevaba aparejado un buen sueldo y, en consecuencia, una buena casa, no por grande, pero sí por bien situada.

Se trataba de un ático ubicado en la calle Alcalá, muy cerca de El Corte Inglés de Goya, con una gran terraza para disfrutar los veranos de la ciudad. En verdad, ésta ocupaba la mitad de la casa, mientras que la otra se había concebido como un loft, un único espacio donde confluían todos los ambientes y usos.

Me encantaba esa terraza, su luz tibia por las mañanas y profunda al atardecer, cuyos destellos se entremezclaban con la fragancia que se desprendía cada tarde tras regar. Y es que todo su perímetro se remataba con unas jardineras bajas en las que se alternaban diferentes tipos de plantas, así como antorchas solares, de distintas formas, alturas y grosores, que tomaban el relevo por las noches al sol como suministradoras de luz.

En el extremo opuesto, junto a la puerta de acceso al interior de la casa, se encontraba lo que yo llamaba mi árbol de velas, porque lo era, un candelabro gigante de cuyas ramas pendían decenas de ellas contenidas en pequeñas burbujas de cristal, cuya superficie transparente hacía que la iridiscencia de aquéllas se reflejara y se propagara aún más.

El resultado era tan cálido y acogedor que habitualmente no encendía las lámparas exteriores, eléctricas, que se acomodaban sobre el muro de ladrillo, ni siquiera cuando organizaba cenas, lo que solía hacer con frecuencia.

Con ese fin había comprado una mesa, de acuerdo con mis gus-

tos y necesidades, más cuadrada que rectangular, de manera que había espacio tanto para los invitados como para la comida, que en verdad era otro invitado más a la fiesta, porque la celebrábamos como si lo fuera..., aunque acabara devorado.

Y, lejos de comprar platos preparados para esas celebraciones de amigos, de su elaboración me encargaba yo, dado que si por algo me distinguía, además de por mi perfeccionismo, era porque me gustaba cocinar, afición que —aunque esté mal que lo diga yo— no se me daba nada mal. Y, feliz como era, eso se traducía en los fogones en que no se me cortaba ni la mayonesa.

¿El truco? Huevos del tiempo, aceite, sal y un poco de limón —en ese orden— y no mover la batidora del fondo hasta que el aceite empieza a cuajar.

Por otra parte, aunque todavía con el verbo *cuajar* en mi cabeza, el que no lo hacía era el amor en mi vida, situación que no me incomodaba en absoluto, o más bien al contrario, ya que estaba y siempre había estado soltera, por voluntad propia, y sin relaciones que merezca la pena destacar. Es cierto que tuve un primer amor..., seguido de un segundo, después de un tercero y de unos cuantos más, que se iban tal como venían, sin una sensación de continuidad y, sobre todo, de profundidad.

Sin embargo, yo me sentía agradecida, y feliz, por todo lo demás que sí tenía.

Desgraciadamente, hubo un día en que esa situación, y sensación, cambió, y no debido a que se me cortara la mayonesa, sino la felicidad.

¿Y qué fue lo que pasó?

Que me enamoré.



## *La familia*

—¿Todavía no has salido?

La que me llamaba era mi hermana Olga, en verdad, casi una madre para mí debido a la diferencia de edad que existía entre nosotras, de veinte años, o diecinueve para ser exactos; es decir, que tenía cincuenta. Y, a pesar de que nuestros padres nunca llegaron a aclarar el motivo de esa disparidad cronológica entre ambas, a mi entender o el accidente fue ella o lo fui yo.

No obstante, a efectos legales, la que en verdad ejerció de madre para las dos fue mi tía Conchita, una hermana de la nuestra, que nos acogió cuando nuestros padres murieron.

—Pero ¿tienes pensado salir hoy?

Olga empezaba a impacientarse. Habíamos quedado para comer en un restaurante nuevo que habían abierto al lado de su casa y al que tenía mucho interés en acudir por cuanto quería conocer al dueño.

Pero yo tenía que pensar el conjunto, y coordinarlo, lo que no siempre era tarea fácil. Para aligerarla, solía quedarme dormida pensando en el modelo que luciría al día siguiente, de la misma manera que otras lo hacen pensando en el viaje de sus sueños o en el amor de su vida.

En ese sentido, yo era mucho más práctica, y lo que pretendía era ahorrarme trabajo al despertar y, sobre todo, muchos quebraderos de cabeza, principalmente en lo que al amor se refería. Sin embargo, el día anterior me había acostado tan tarde, y tan cansada, que mis neuronas se habían rendido al mismo tiempo que mis ojos nada más meterme en la cama.

El motivo era que mi amiga Patricia había celebrado una fiesta en su casa para celebrar el inicio de la primavera. Y allí había conocido a alguien interesante, por no decir especial, al que tal vez podría considerar mi duodécimo amor, si es que llevara la cuenta de los que le habían precedido, lo que en verdad no era el caso.

—Anda, date prisa, que no voy a poder avisar a las niñas si llegamos tarde, que han salido antes a dar una vuelta con las amigas.

Las niñas a las que mi hermana se refería eran sus hijas, que en verdad podrían serlo mías, hermanas, dado que se trataba de unas gemelas de veinte años de edad que eran la consecuencia de un arrebato no tanto de amor como de estupidez de Olga.

Tras conocer a Álvaro un viernes por la noche, éste le propuso: «Si el domingo seguimos juntos, nos casamos», y lo hicieron, creyendo que ese brinco en el corazón que habían sentido ambos iba a durar toda la vida —aunque no llegó a botar más allá de unos cuantos fines de semana—, con la certeza además de estar viviendo esa historia de amor de la que años después te habrías arrepentido de no haberla llevado a cabo.

Por el contrario, lo que sucedió fue que pocos meses después lo único que quedaba de aquel matrimonio era un anillo —lanzado al Manzanares por mi hermana para que los peces hicieran pompas con él en la escasa agua del río— y un embarazo, que más que de gemelas pareció de quintillizas, de tanto como engordó.

—El mundo es de los valientes —se defendía Olga cuando el tema salía a colación.

—Y de aquellos cuyos padres no se pusieron condón —solía responderle yo—, que no existirían de haber tomado esa precaución.

En cualquier caso, Daniela y Jimena eran dos jovencitas maravillosas que se merecían por méritos propios formar parte de este mundo..., a pesar de que habitualmente no estuvieran muy conectadas a él, o al menos con su madre.

—¿Y por qué no? —le pregunté al extrañarme su comentario acerca de la imposibilidad de dar con ellas—. ¿No les funcionan los móviles?

—Seguro que sí, pero ya sabes cómo son los jóvenes: comen con el móvil, cagan con el móvil y duermen con el móvil, pero los llamas y no te cogen el teléfono.

No pude por menos que echarme a reír y darle la razón. Y mira que Olga las amenazaba con cortarles la línea si no respondían a sus llamadas. Sin embargo, para ellas debió de inventarse la expresión «como el que oye llover».

Pero no, hoy no llovía. Hacía uno de esos días luminosos de comienzos de primavera que te reconcilian con el mundo, en caso de estar peleado con él. Y es que el sol, al igual que hace germinar las plantas, nos hace florecer, tanto por dentro como por fuera, sacando lo mejor de nosotros mismos, porque más allá de su vitamina D lo que nos aporta es algo de fe, y también esperanza, en que sólo cosas buenas pasarán en el día en curso, así como en todos los que vendrán detrás.

—¿Lo ves? —protestó Olga—. Acabo de hacer la prueba y ninguna de las dos se ha dignado descolgar. Y eso que su WhatsApp dice que están en línea ahora mismo, como no podía ser de otra manera.

Bien conocía yo esa dependencia que los adolescentes de hoy en día tienen con el móvil —y algunos tardíos, tanto que alcanzan hasta a los de mi generación—, si bien en el caso de mis sobrinas rayaba en la adicción.

—Y tanto —aseguró cuando se lo hice notar—. Yo a Daniela, ya de mayor, sólo la he visto llorar una vez, y no fue cuando la dejó el novio, sino cuando le robaron el móvil. Y Jimena casi sufre un síncope cuando el suyo se estropeó y no podía poner emoticonos. ¿Te imaginas? ¡Qué horror! Tener que usar palabras en su lugar.

Me estoy muriendo.

«La que faltaba —me dije al ver el mensaje que mi tía Conchita acababa de enviarme—, que tendrá el día fagocitador», concluí con mi reflexión.

—¿Y hoy va a ser verdad? —le pregunté hastiada en cuanto marqué su número.

En absoluto se trataba de que yo fuera una sobrina desagradecida, que no supiera reconocer el papel que desempeñó en nuestras vidas en su momento, pero tenía mis razones, y una de ellas era que mi tía era la encarnación de la hipocondría y el egocentrismo.

Así, cientos de veces me había hecho salir corriendo de mi casa, cuando no de importantes reuniones con clientes, con la excusa de que su fallecimiento era inminente, para descubrir al llegar que lo único que había muerto no era ni siquiera una de sus uñas, sino el esmalte que la cubría. Es decir, que la urgencia no se debía a que hubiera que tomarle medidas para el ataúd, pero sí a su necesidad de una manicura. No obstante, presumida como era hasta la obsesión, puede que lo interpretara como una cuestión de vida o muerte... estética.

—¿Qué dices? —se hizo la despistada, fingiendo no haber oído mi contestación para dejarme un breve margen de tiempo a fin de que modificara mi respuesta.

—Que si hoy va a ser verdad —me mantuve firme, sin embargo.

—Pues algún día lo será —aseguró lo más lánguida que pudo a continuación.

—Claro, pero ¿va a ser hoy?

Por más que insistí no conseguí sacarla de sus trece, o de sus quince, que fue exactamente el número de veces que me repitió la inmediatez de su defunción.

Finalmente, y para salir del punto muerto en el que nos encontrábamos, opté por poner la oración en pasiva.

—La que me voy a morir soy yo, pero asesinada, como le dé plantón a Olga. He quedado con ella dentro de media hora, todavía no he salido de casa y tengo que atravesar medio Madrid para llegar hasta allí.

Aunque permanecía en silencio, podía oír cómo rumiaba sus pensamientos al otro lado de la línea, atravesando de lado a lado sus hemisferios, como lo hace la comida en el estómago de una vaca, venga a ir y a volver, que no por ser un símil poco elegante dejaba de ser cierto.

Conocedora del mal carácter que se gastaba mi hermana en esos casos, de lo poco que le gustaba que la hicieran esperar y de la

bronca tan monumental que le caería si al final su urgencia resultaba ser una nadería, Conchita se contuvo.

—Tal vez pueda engañar a la muerte..., aunque sólo por esta vez —afirmó—. Pero recuerda que tienes una tía moribunda a la que debes venir a ver. Esta mañana me he pillado el pelo con el cabece-ro de la cama y se me ha abierto una brecha tan enorme que la vida se me está escapando por ahí.

—Pues qué bien que la poca que te quedaba te haya alcanzado para agarrar el móvil y llamarme —sentencié.

Al no obtener contrarréplica por su parte, he de decir que me alegré porque, sin llegar a tener el genio de mi hermana, mi tía también se las gastaba. Y como ejemplo mencionaré que cuando llegaba su cumpleaños, nada más despertar el alba —sin quitarse siquiera la lega-ña—, se sentaba en un sillón al lado del teléfono, junto con una lista en la que previamente había escrito los nombres de amigos, parientes y demás conocidos, y de allí no se movía hasta que daba la medianoche.

¿Su objetivo? Tachar, pero no sólo de la lista, sino también de su vida, a todos aquellos que no tuvieran a bien felicitarla. Y a fe mía que lo hacía.

Cuando por fin conseguí deshacerme de ella y llegar al restau-rante, mi hermana ya me estaba esperando en la puerta.

—¿Me vas a decir ahora por qué tienes tantas ganas de conocer al dueño? —le pregunté de inmediato.

—Es por una cuestión de trabajo —aseguró—. Se trata de una cadena gallega, que está creciendo mucho, por lo que tienen pen-sado abrir más establecimientos en Madrid, de manera que necesi-tarán personal, y yo pienso ofrecerme como encargada de éste o de cualquiera de ellos.

Desde hacía varios años, Olga desempeñaba ese mismo puesto en una cafetería en su barrio, donde trabajaba mucho pese a no cobrar en consonancia, lo que implicaba —con dos hijas y un pa-dre de las criaturas que la ayudaba bastante poco— que sus fines de mes fueran la fiesta del cinturón, de tanto como había que apre-társelo para superarlos.

Yo la ayudaba todo lo que podía, o lo que me dejaba, porque mi hermana tenía un sentido de la dignidad muy elevado en lo

que al dinero se refería, de forma que sólo en circunstancias extremas se avenía a un préstamo, y siempre con la condición de devolvérmelo.

Por tanto, cambiar de trabajo era una de sus prioridades.

—¿Qué te parece? —me preguntó con una sonrisa ufana nada más poner un pie dentro del local, como si más que pretender formar parte de su plantilla fuera su propietaria.

A decir verdad, más no me podía gustar, y viniendo de mí era un piropo en toda regla, ya que, debido a mi profesión, mis gustos estéticos se situaban a un nivel muy elevado.

Se trataba de un espacio cuadrado en el que lo más destacable era un entramado realizado con madera en el techo, en el que tablas de diferentes tamaños se entrecruzaban entre sí creando formas abstractas y en cuyos huecos habían colocado helechos, que pendían de la estructura con alturas irregulares, creando un efecto de jardín colgante.

En cuanto a las mesas, todas y cada una de ellas eran distintas entre sí, así como las sillas, sólo uniformadas por el color, el mismo verde suave que los helechos, aunque decapado. Y ese efecto cromático las diferenciaba y embellecía aún más, ya que el lijado al que habían sometido a la pintura no lo habían realizado por igual.

En consecuencia, el resultado era magnífico, merecedor de la sonrisa de Olga y de un gran aplauso por mi parte.

—Y ya verás el exterior —aseguró a continuación tras oír mis palabras de alabanza.

Y así fue. Si ya el interior me había gustado, la terraza me entusiasmó. La decoración era una prolongación del interior, salvo que en este caso era el subsuelo el que alojaba el jardín, ya que para cubrir un desnivel existente habían colocado una plataforma de cristal a través de la cual se adivinaban plantas, flores y todo un pequeño mundo que invitaba a descalzarse y a disfrutar de un césped que se antojaba mullido.

Afortunadamente, y dado el buen día que hacía, pudimos comer en la terraza, en la que ese viento sedoso y ligero de la primavera susurraba a los árboles que la rodeaban la forma en la que debían moverse sus hojas, suave, casi sutilmente.

—Y con la carta vas a alucinar —comentó finalmente Olga.

A modo de aclaración diré que hay ciertas comidas que me encantan y no sólo en las estaciones en las que suelen ser habituales, como las fresas, porque acercan la primavera, o las sandías, porque anticipan el verano, esos veranos azules llenos de gazpachos con sabor a risas y a mar.

En este sentido, *disfrutona* como era yo de cualquier actividad en la que participara, la comida significaba para mí mucho más que un alimento. Así, de la misma manera que el sol te reconcilia con el mundo, aquélla te descubre otro, igual de amable, que se desliza desde tu boca hasta tus entrañas. Por ejemplo, mis tés, los que yo preparaba en casa, olían y sabían a hogar.

Por consiguiente, a lo que a mi hermana se refería con su mención a la carta era que en ella se recogían algunos de los platos que despertaban en mí esa clase de sensaciones.

—Cuatro ajoblanco y cuatro *esqueixadas* también —pidió Olga para todas, incluidas mis sobrinas, que acababan de llegar—. Y de postre helado de Jijona, y así lo dejamos ya todo solucionado.

—¿Y el dueño? —me interesé entonces—. ¿Tienes concertada una cita con él? Porque es el verdadero motivo de que estemos aquí, ¿no?

—Claro, aunque todavía no sabe que existo. Pero Araceli, mi vecina, me ha dicho que, como el restaurante lo acaban de abrir, suele acercarse a las mesas para agradecer la visita a los clientes, ya sabes, como estrategia de marketing. Y ésa será mi oportunidad.

—¿Y crees que es buena idea? —le planteé, por cuanto las encerronas no suelen ser buenas tácticas para abordar cuestiones laborales.

—Di que es la única. Ya he intentado llamar por teléfono y, o te conoce, o no hay manera de que se ponga.

—Tendrá una secretaria, ¿no?, o alguien a quien poder dejarle un mensaje.

—Sí, una muy eficiente que hace todo lo que le dicen y que, por tanto, lo único que me hace a mí es darme largas.

Así las cosas, la opción de mi hermana no parecía tan descabellada, aunque no por ello dejaba de ser arriesgada.

Tras un buen rato de sobremesa, y después de degustar una comida que fue una verdadera delicia, en un entorno que lo era todavía más, la única mancha de la jornada la ponía el dueño, que no daba señales de vida.

—¿Y si no viene? —le pregunté, por si tenía algún plan B.

—Pues te veo comiendo aquí todos los días, hasta que venga a aclamarte como la clienta más entregada, que seguro que vendría.

—O sea, que el que tú quieras cubrirte el riñón con un trabajo mejor pagado me va a costar a mí uno de los míos —le dije mientras le guiñaba un ojo.

—Igual el favor te lo hago yo a ti —aseguró acompañando sus palabras de una sonrisa pícara—. Según me ha dicho Araceli, tiene muy buena facha, y buena planta, así que a lo mejor te gusta.

—O igual te gusta a ti —me desmarqué—. Además, por si lo has olvidado, te recuerdo que en breve me tendré que marchar porque tengo una cita, con lo que esa faceta, al menos por hoy, la tengo cubierta.

—¿Y quién es el afortunado? —me preguntó burlona, como si no supiera nada.

—Ya te dije que ayer, en la fiesta de Patricia, conocí a un chico, y hemos quedado para tomar algo.

—¿Sábado, sabadete? —sonrió más pícara todavía.

—De eso nada, bonita —me hice la ofendida—. Yo no soy una chica fácil, de forma que, como pronto, domingo, dominguete —aseguré soltando una carcajada acto seguido.

Olga nunca me lo decía, pero yo estaba convencida de que entre sus esperanzas se encontraba, en lo que a amores se refería, que me fuera a mí todo lo bien que no le había ido a ella. Así, de alguna manera, yo sería su segunda oportunidad, la que ella no había podido permitirse al haberse equivocado en su primera elección y tener que dedicarse después, y en exclusiva, a sacar a sus dos hijas adelante.

Pero yo no parecía genéticamente predeterminada para ese amor con mayúsculas del que mi hermana hablaba..., al igual que lo hacía el resto de la humanidad, dicho sea de paso. Los míos siempre eran minúsculos, tanto en el espacio como en el tiempo,

porque no duraban más allá de unas cuantas citas a lo largo de unos pocos meses.

Y con uno de ellos estaba a punto de encontrarme, si es que podía marcharme por fin de allí.

—Y sigue sin venir... —constaté, refiriéndome al dueño del restaurante mientras miraba el reloj con impaciencia, ya que el tiempo empezaba a apremiar.

—Pero el que sí viene hacia aquí es el chef, probablemente para sustituir al dueño en su ronda de saludos —casi me susurró Olga.

—¿Les ha gustado la comida? —inquirió el recién llegado en ese sentido.

—Todo perfecto —aseguró mi hermana, cerrando su afirmación con una sonrisa generosa.

Su voz —la de él— sonó profunda, y penetrante, pero al haberse colocado detrás de mí no pude ver el cuerpo del que procedía, aunque sí sus manos al girar yo ligeramente el cuello, que movía con precisión y suavidad.

En lo primero que se fijan muchas mujeres al conocer a un hombre es en sus ojos, o incluso en sus zapatos, por cuanto desvelan de la personalidad de su propietario. Yo, sin embargo, a lo único que prestaba atención era a las manos, ya que a mi entender revelan la identidad de quien las sustenta, e incluso su carácter y su temperamento. Y en mi caso, en concreto, me gustaban los hombres con manos grandes, al presuponer que agarrarían la vida con fuerza.

Y ésa era la clase de manos que el chef tenía.